

Ara, como el río

Colección Cloto

Ara, como el río

Charo Jiménez

Primera edición, marzo 2018

© Charo Jiménez, 2018

© Triskel Ediciones, 2018

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ISBN: 978-84-948064-4-5

Depósito Legal: SE 512-2018



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Ilustración:

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

Impresión: Gráficas La Paz

EDITADO EN ESPAÑA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A Paca y a María, por su grandeza, intacta entre tanto dolor y
humillación.

“La justicia es como las serpientes, sólo muerde a los descalzos.”
Eduardo Galeano

“Nada se parece tanto a la injusticia como la justicia tardía.”
Séneca

“Si tenéis la fuerza, nos queda el derecho.”
Victor Hugo

“Cuando al abordaje tomaron
El pueblo y tuvimos que marchar de casa,
Y al ver las lágrimas de madre
A pique se me fue de golpe la infancia.

Quién me iba a decir a mí
Que soñaba con el mar
Que, en un maldito pantano, ay, ay, ay,
Mi casa iba a naufragar.

A Jánovas digo adiós
A Lavelilla y Lacort,
Adiós barquitos hundidos, adiós;
Mi pobre país, adiós.”

Habanera Triste. Letra y música: *Manuel Domínguez*
Ronda de Boltaña

ÍNDICE

JÁNOVAS EXISTE (a modo de prólogo)	15
I. ANTES DE AYER	19
II. AYER	163
III. MAÑANA	201
Y AHORA, ¿QUÉ? (a modo de epílogo)	235
AGRADECIMIENTOS	241

JÁNOVAS EXISTE (a modo de prólogo)

«Yo ya le tengo envidia a los muertos.»

Con esta sentencia demoledora me recibe Paca Castillo cuando viajo al Pirineo aragonés para conocerla y escuchar de sus labios la historia de Jánovas.

Jánovas es un pueblo del Valle del Ara, en la comarca del Sobrarbe del Alto Aragón. Un pueblo desalojado a la fuerza por los planes de construcción de un embalse que nunca existió. La historia de este pantano fantasma es un ejemplo sangrante de batallas e intereses entre administraciones, empresas y políticas que sólo entienden un lenguaje: el del dinero.

Había leído algo sobre los pueblos deshabitados del valle, pero no podía imaginar lo que me esperaba allí. Un cartel frente a la Casa del Pueblo cuenta a grandes rasgos los hechos ocurridos. Me encuentro con un lugar mágico a pesar de su lamentable estado, un pasado increíble y unas personas con unas agallas brutales. Gente de una pasta especial que ama la tierra como a su madre, y lucha por cada piedra, cada hoja, cada gota de su río. Maños de frente alta y corazones leoninos; maños joviales de melancólica mirada; maños trabajadores, irónicos, con una capacidad asombrosa para plantarle cara a la adversidad desde el optimismo; maños de buen beber y mejor comer, maestros en hospitalidad; maños que claman justicia en su brega diaria a prueba del tiempo y de comportamientos deleznable. Maños como Paca Castillo y Emilio

Garcés, María Campo y Antonio Santolaria, sus hijos y nietos y tantas familias afectadas. Maños que no reblan.

Paso el día en el pueblo *charrando* con la gente, la que está ahí, año tras año, trabajando sobre los esqueletos de lo que un día fueron sus hogares. Intento meterme en su piel. Escucho episodios terribles y divertidas anécdotas; paseo por las ruinas; me empapo de las voces de los árboles, de los pájaros, de los muros de piedra que aún siguen en pie, del río... el río Ara, el último río virgen del Pirineo aragonés, tan señor, tan mágico, tan salvaje, tan turquesa, tan bello; comparto mesa en el salón que un día fue la escuela, hoy la Casa del Pueblo, presidido por la pizarra original del aula que los janovenses han rescatado como una joya, y conservado como testimonio de lo que nunca debe volver a suceder. Su grito de lucha grabado en ella:

“¡¡JÁNOVAS!! Hasta la victoria SIEMPRE.”

Brindamos por el futuro.

Paca Castillo apenas baja ya al pueblo, pero sus hijos tienen claro que no voy a marcharme sin conocerla. Al terminar la jornada subimos a Campodarbe, un pueblecito a siete kilómetros de Boltaña en el valle de Guarguera. Allí, los hermanos Garcés Castillo han construido una hermosa casa. Es el centro neurálgico en el que se reúne la familia para pasar los fines de semana, las vacaciones y las fiestas, y desde donde bajan a trabajar a Jánovas, siempre que el tiempo lo permite.

Está anocheciendo cuando llegamos. En un rincón del salón, sentadita en su butaca junto a la chimenea, espera Paca. Todo aquel que se haya desviado en la N-260, haya recorrido las calles de Jánovas y conocido su historia podrá entender la emoción del momento.

Paca es una mujer extraordinaria. Temperamental y tierna, el tiempo ha hecho mella en sus piernas «que no me responden ya como yo quisiera», pero su cabeza, con ese pelo que ella reclama

peinar como le dé la gana «que pa eso es mío», su genio y sus recuerdos permanecen intactos, con la lozanía de los años mozos. Sus ojos son dos chispazos de esperanza y su sonrisa un abanico que ahuyenta tristezas. Acercó una silla, me siento muy pegadita a ella. Sabe por qué estoy ahí, creo que, desde la sabiduría de los muchos avatares vividos, intuye que puede confiar en mí, que voy a tratar todo lo que me cuente con el máximo respeto.

«¡Estoy tan cansada! Nos han robau la vida, nos la arrancaron de cuajo hace ya tantos años... No hay justicia en este mundo. No, no la hay.» Escuchar estas palabras de labios de una mujer de noventa años, símbolo de lucha y dignidad, es realmente impactante. Le acaricio un hombro, la animo a recordar momentos felices y comienzo a hablar:

«Yo de chica tenía dos sueños...»

“¡Aguantá, Paca!”, le suplica mi abrazo de despedida.

Nieves Santolaria es una mujer fuerte. Ha vivido en sus propias carnes el desarraigo. Empujada por las circunstancias, tuvo que abandonar su casa, su pueblo, su vida, y aventurarse, siendo aún una chiquilla, a empezar un nuevo camino en Barcelona. Le pido que me hable de su familia. Sé que le resulta difícil y comprendo su reticencia para abrirse a una extraña, pero es generosa y está dispuesta:

«Mi madre se llamaba María, María Campo, una maña trabajadora que no sabía qué era parar quieta. Antonio Santolaria, mi padre, era cartero, el cartero de Jánovas, el último en morir en el pueblo, aunque ya no pudimos...»

Querido lector, estas páginas cuentan la intrahistoria de un pueblo, el lado más íntimo de “la maldita guerra” del pantano de Jánovas;

las vivencias de Paca, de María, de Nieves, de Carmen... las consecuencias de un proyecto que truncó el devenir natural de sus vidas; hablan de sus sentimientos, sus heridas, su afán de lucha, de los gozos y las sombras, anhelos y decepciones, coraje, desaliento y superación.

Es una historia triste, descarnada, absurda y esperpéntica, la de una tremenda y prolongada injusticia, la de la pérdida de identidad colectiva, cultural, de sus raíces más profundas, su patrimonio, su folclore, tantas cosas... Pero es también una historia hermosa, la de unas personas –y esto es lo que más me ha llamado la atención– que derrochan alegría y sentido del humor a pesar de tanto sufrimiento. Gente en la que la amargura no ha podido hincar sus ponzoñosos colmillos. La historia de unas mujeres y unos hombres cuyo amor por el terruño, por su río, por sus tradiciones, por los muertos que se revuelven en sus tumbas, les hace levantarse y alzar la voz sin perder la esperanza de que algún día su pueblo vuelva a la vida. Una historia de dignidad.

Novelar los hechos no ha sido tarea fácil; encontrar el equilibrio entre contar lo que sucedió tal y como ocurrió e introducir elementos narrativos que recrean la realidad y alimentan la imaginación siempre obliga a hilar fino. La línea que separa la ficción de la no ficción es sutil y delicada. Realidad y fantasía van de la mano, brincan, juegan, chocan, se funden y confunden. Al fin y al cabo, ¿qué es la ficción sino “una mentira que encubre una profunda verdad”?

Te daré un solo dato: según el censo del año 1951, en los municipios de Burgasé, Albella y Jánovas y Fiscal vivían 1.787 personas. Treinta años después, en el censo de 1981, al final del proceso expropiatorio, quedaban 346 y un único término municipal.

En cuanto al daño humano, histórico, cultural, económico, y de todo orden, te invito a esta lectura y a que saques tus propias conclusiones.

I

ANTES DE AYER

Paca Castillo

24 de enero de 1984

Paca se arrebuja en el chal que los hijos le han regalado por Reyes y se acerca a la ventana. Abre los postigos desvencijados. Desempeña el cristal helado con una bocanada somnolienta y la manga del camisón. La mañana de postal de invierno se cuele en el dormitorio. La mujer lleva un tiempo revuelta y no acierta a qué achacarlo. “Me habrá sentado algo mal o será que los huesos no soportan ya igual este tiempo endemoniado o vaya usted a saber”, el caso es que nota una sensación extraña/chocante/indefinible desde el día de la fiesta organizada por los ecologistas.

Todo le huele a despedida: “¿Será este nuestro último baile en la plaza? ¿Volveré a meter un cordero en el horno? ¿Subiré mañana al cementerio a llevarle flores a mis muertos? ¿Escucharé de madrugada el rugido del Ara? ¿Llegaremos vivos a mañana? ¿O acaso estamos muertos ya y no somos más que unos ridículos despojos abandonados, enterrados vivos entre estas ruinas? ¡Maldito frío!”.

Baja a la cocina. Emilio anda revolviendo armarios y cajones, enfurruñado porque no encuentra el azucarero. De pronto, escuchan ruido de motor. “Mala señal. Siempre lo ha sido y esta vez no va a ser diferente”, piensa. No esperan a nadie. Afuera la nieve alcanza tres, ¿quizás cuatro?, palmos de altura.

Minutos más tarde, un batallón de guardias civiles se planta delante de la casa.

La mujer cierra los ojos. Identifica ese malestar de las últimas semanas, ese asco a todo. “De modo que era por esto. Ya barruntaba yo algo malo. Se acabó”.

Sube al dormitorio. Abre la ventana de par en par. Respira imprudente. El viento apuñala sus pulmones. “Nunca me gustó la nieve, quizás de muy pequeña, de eso no me acuerdo.”

Lo que no puede olvidar es aquella noche lejana en la que su madre la arrancó de la cama para escapar de la Guerra Civil.

Recuerdos. Recuerdos fríos que desuellan como una quemadura: su pueblo tan vivo en otros tiempos y tan desolado después.

Adiós, Sobrarbe, adiós

Abril de 1938

Jánovas se yergue a los pies de un hermoso congosto que discurre entre montes arbolados a orillas del río Ara. La noche es espantosa. Un viento afilado como una lengua viperina restalla amenazante entre las callejuelas. Sólo los chopos, animados por la luz vibrante de la luna, se atreven a plantarle cara.

A sus nueve años, Paquita, la pequeña de la casa, es la única que consigue convocar alguna imagen tranquilizadora. La familia Castillo-Ramón lleva días haciéndose a la idea de que van a ser evacuados. La situación es insostenible. Los bombardeos son continuos. El hundimiento del Frente de Huesca es un secreto a voces, aunque el mayor Beltrán –más conocido como “L’Esquinazau”– mantiene su posición férrea al frente de la 43ª división del Ejército Popular en una lucha desigual contra la III División Navarra del general Iruretagoyena. El desequilibrio de fuerzas es incuestionable, pero los ocho mil soldados del mayor juegan en su campo, y las dificultades del terreno y meteorológicas son, junto al tesón del espíritu republicano, sus mejores aliados en este momento. Aun así, Torla y Broto han caído y los combates en las cercanías de Fiscal están siendo definitivos.

José Castillo, el padre de Paquita, está decidido. Resistir es ganar hasta que ves la muerte rondando por las esquinas. Entonces no

queda otra opción que arriar velas. Sabe lo que les espera si se quedan. Están señalados. No resta más que huir a Francia, marchar a la desesperada como tantos otros, dejando atrás casa, tierras, familia, amigos y el poco ganado que no ha desaparecido; acarrear los pocos bultos que podrán transportar a duras penas entre las montañas aplastadas de nieve a pesar de correr ya el mes de abril; cargar la pena, el miedo y la rabia y atravesar la frontera sin saber qué encontrarán tras ella; huir de esa locura intentando mantener la cordura.

Es aún noche cerrada cuando salen de la casa y se unen a los vecinos que esperan ateridos en la plaza. Esa plaza, testigo mudo de días alegres, de verbenas de colores, música, bullicio de un tiempo muerto. Mujeres, niños y unos pocos hombres emprenden la marcha camino de Bielsa. El padre de Paquita es uno de esos pocos que no está en el frente. Es él quien encabeza el grupo. Lo siguen Asunción, su mujer, y tres de sus hijos: Nati, Pepito y Paquita. Falta Ramón, el mayor, uno de tantos niños soldado de la llamada “quinta del biberón”.

Paquita camina de la mano de su madre. Al llegar al puente, se para en seco. Se da cuenta de que no lleva su muñeco de trapo. Con las prisas y el sueño ha olvidado rescatarlo de entre las mantas: «¿Qué te pasa? ¡Vamos, hija, no te pares!». La niña no explica nada. Cuando está a punto de despegar los labios para contar su tragedia, encuentra la mirada apremiante de su madre, los ojos hinchados sin lágrimas ya que derramar, y entiende que su desdicha, su pérdida, carece de la más mínima importancia para cualquiera que no sea ella.

El peregrinaje resulta aún más duro de lo que habían calculado. Gente de todos los rincones de la comarca va arracimándose. Desde la cima de una montaña, el padre de Paquita se detiene a contemplar la tierra aniquilada del Sobrarbe sin saber si será la última vez. El destino feroz no se anda con chiquitas, ha truncado

sus vidas de un tajo, sin misericordia, robándoles la serenidad de la rutina. Dejan atrás la humera que asciende como una maldición sobre los tejados lejanos. «¡Mirad, mirad allí! ¡Cagüendíez!, ¿dejarán algo en pie?» «¡Vamos! ¡Seguid caminando! No nos hagamos más sangre.»

El éxodo es masivo. Miles de personas ascienden el puerto de hielo, derrotados pero decididos. Milicianos y pastores de la zona dirigen la evacuación. Los montañeses cruzan los pasos fronterizos intentando mantener a raya el desaliento y guardar el equilibrio para no precipitarse por los barrancos. A medida que el cansancio va minando las fuerzas, se van deshaciendo de las pocas pertenencias que hasta hace unos días les parecían indispensables. Llega un momento en que las laderas de los montes se asemejan a la larga cola de un vestido de novia de la que prende toda suerte de bordados patéticos.

Llevan días caminando. Paquita tiene hambre, pero no reclama bocado, los víveres no dan para raciones que acallen el ruido de tripas rebeladas. La cría se limita a masticar con celo para engañar a su estómago, y a rechazar, como una auténtica heroína, los mendrugos que su hermano Pepito se quita de la boca para:

–Toma. Yo he comido ya un trozo grande.

–La mitad para cada uno. Tienes tanta hambre como yo.

–Pero soy más fuerte y mayor que tú, hermanita. Anda, come esta miajeta.

–¿Mayor? Un añito de nada, hermanito. ¿Y más fuerte?, ¡ja! ¡Que te lo crees tú! Si estás más esmirriau que un polluelo recién nacido.

–Come, zagala, que de verdad no tengo más ganas. –Así es el bueno de Pepito, siempre pendiente de todo y de todos, de una generosidad llamativa para un chico de su edad.

Paquita tiene frío, pero tampoco se queja. Su madre la ha protegido con todas las capas de lana disponibles. Le duelen los brazos,

las piernas, los pies, pero no se lamenta porque sabe que todos soportan las mismas penurias: “Yo no voy a ser menos”. Sólo los heridos trasladados en camastros liberan algún gemido sobrecolector.

Al cuarto día de marcha, alcanzan la frontera. El paisaje se vuelve más abrupto, las montañas parecen monstruos deformes de espaldas de vértigo por las que en otras circunstancias más ufanas la chiquilla soñaría con deslizarse como tantas veces ha visto hacer con sus trineos a los personajes de los cuentos de la escuela.

Su tierra ha quedado suspendida en el espacio y en el tiempo. El exilio, delante; la guerra, detrás. La pena, muy adentro. Bielsa, San Juan de Plan, Gistáin, Parzán, Escalona, Lafortunada, Belchite... pronto todo quedará destrozado.

Adiós, Sobrarbe, adiós.

Bon-Encontre

1938-1942

Llovizna cuando llegan a Bon-Encontre, una pequeña población en la región de Aquitania, en el distrito de Agen. Los instalan en un campo de refugiados provisional, uno de los muchos que las autoridades francesas han habilitado sobre la marcha para asentar a la muchedumbre que se les viene encima. Los gendarmes ofrecen quesitos y chokolatinas a los niños: «¡Qué buen recibimiento! ¿Verdad, mamá? ¿Esta gente sí nos quiere?». Asunción mira con tristeza a su hija y le besa la frente: «Sí, zagala, anda, sube a ese camastro».

Hay alrededor de quinientos refugiados aquí, entre mujeres, niños y un escaso puñado de hombres que más pronto que tarde tendrá que marchar. ¿Franco o Negrín?, es la pregunta ineludible a la que tienen que enfrentarse. Por el momento, el padre de Paquita se libra del asunto ayudando a los gendarmes en los barracones.

Las condiciones son lamentables, pero el trato no es malo, al menos comparado con el que sus paisanos reciben en otros destinos. Les llegan noticias escalofriantes de lugares como Argelés-sur-Mer, Saint-Cyprien, Gurs... la mayoría de ellos auténticos campos de concentración en los que los exiliados superviven en condiciones infrahumanas, tratados peor que animales, custodiados con desprecio por soldados del ejército francés; pobres diablos

privados de libertad y dignidad que reciben por todo alimento un ridículo chusco embarrado lanzado a través de la alambrada. Son “los indeseables” (*¡Les rouges! ¡Les rouges!*), les gritan como quien ve al mismísimo diablo) que han escapado de la muerte sin sospechar que también allí, en un país que presume de *¡Liberté, égalité, fraternité!*, les está acechando esa vieja terca.

Mayo pasa sin grandes alardes. Los chicos van a la escuela, allí les dan un buen vaso de leche para desayunar. Paquita escribe y dibuja en un cuadernillo que le ha regalado Merche, una zagala de Jaca, de la familia chocolatera Juan de la Casa, con la que se pasa las horas jugando a la comba o pintarrajeando monigotes. En pocas semanas, la niña apenas echa de menos Jánovas. Con el estómago satisfecho, amigas y un lugar tranquilo por el que inventar correrías, los asuntos graves sólo pertenecen al mundo de los adultos. Los críos se juntan como los pájaros, e igual que ellos vuelan en cuanto les permiten desplegar las alas. Por el campo se corre la voz de la buena mano que Asunción, “*madame* Castillo” por estos lares, tiene para la cocina, y su fama llega a oídos de Pierre Fournier, el amo de la pensión del pueblo, que necesita ayuda urgente y la contrata sin titubear. Nati le echa una mano.

Y de este modo van burlando demonios y saliendo adelante.

A principios de junio, José Castillo es reclutado a pesar de su trastabillado corazón. Va a Barcelona, la ofensiva de Cataluña será la última dentellada de una resistencia que tiene los días contados. Se marcha una noche sin despedirse de su hija pequeña. No es amigo de sentimentalismos, pero le deja una figurita de barro sobre la almohada, algo semejante a una *cabrica* modelada con el légame ribereño de su añorada tierra.

Cada noche, embozada en el camastro, Paquita acaricia su amuleto suplicando que los malos presagios que la torturan no se cumplan: «Por favor, por favor, Jesusito de mi vida, que eres niño como yo, que mi padre y mi hermano Ramón vuelvan sanos y salvos», y prometiendo no protestar por nada y ayudar sin rechistar en todo lo que le manden: «pero que no les peguen un tiro». Y besa a su *cabrica* para sellar el pacto.

Cada noche, la rezadora aprieta los ojos y se hace la dormida mientras escucha el desahogo de las madres murmurando sus temores ante la incertidumbre, los piojos, la disentería o la epidemia de sarampión que asola otros campos. Salen indemnes de los tres últimos.

—Hemos tenido suerte aquí, podemos entrar y salir a nuestro antojo, no pasamos hambre y ni siquiera nos han cortau el pelo. No nos quejemos pues, Angelines.

—Ya lo sé, pero a ver cuánto nos dura, Asunción. ¿Qué va a ser de nosotros? Estoy muerta de miedo. Miro a mis hijos y pienso en...

—Es que no lo podemos pensar. Nuestros hombres no están. No nos queda otra que echarle valor nosotras solas. ¿De qué nos servirá el miedo pues? No te voy a decir que no lo tengo, ¿qué te crees? Pero lo espanto como puedo y tú tienes que hacer lo mismo.

—He oído que en el pueblo de al lado ha muerto hoy una zagala. Se la ha llevau el sarampión en tres días.

—¡Shhh! ¡Calla! Y deja de darle vueltas de una vez. Os críos están todos bien aquí y así van a seguir. Anda, durmamos un poco que las que vamos a caer enfermas si no vamos a ser nosotras.

—Tienes razón. ¿Has tenido noticias del frente?

—No. Nada.

—Ni yo. ¡Ay, Asunción!, ¿tanto sufrimiento merece la patria?

—¡Que lo dejes, Angelines! Que se nos va a hacer de día con tanta charradeta. Hasta mañana.

- Hasta mañana si Dios quiere.
- Mira qué te digo, más le vale que quiera, que ya está bien.
¡Hala! Que descanses.
- Mujer, que es una manera de hablar.
- Pues eso, que lo sé pero que ya se terminó, que me estoy cansando de Dios, de patria, de hablar, y de todo. ¡Buenas noches!